

Frans de Waal

# La política de los chimpancés

## El poder y el sexo entre los simios

Con fotografías y dibujos del autor



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Chimpanzee Politics. Power and Sex among Apes, 25<sup>th</sup> Anniversary Edition*

Traducción de Patricia Teixidor Monsell

Todos los derechos reservados. Esta edición ha sido publicada por acuerdo con John Hopkins University Press, Baltimore, Maryland a través de International Editors' Co.

Primera edición: 1993

Segunda edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *Tepel y Gorila* en el parque zoológico de Arnhem (Países Bajos). Foto del autor.

© Frans de Waal

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 1982, 1989, 1998, 2007 Frans de Waal  
© de la traducción: Patricia Teixidor Monsell  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1993, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-755-7

Depósito legal: M. 3.122-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 11 Prefacio por el aniversario de la vigesimoquinta edición
- 27 Introducción
  
- 85 1. Las personalidades de los chimpancés
- 137 2. Dos tomas de poder
- 233 3. Un equilibrio inestable
- 253 4. Privilegios sexuales
- 291 5. Los mecanismos sociales
  
- 339 Conclusión
- 347 Epílogo (1989)
  
- 355 Notas
- 367 Agradecimientos
- 371 Bibliografía
- 381 Índice analítico



*Señalo como inclinación general de la humanidad entera un perpetuo e incesante afán de poder, que cesa solamente con la muerte.*

Thomas Hobbes, 1651



## Prefacio por el aniversario de la vigesimoquinta edición

Un libro puede permanecer en catálogo durante un cuarto de siglo solo si trata un asunto tan fascinante como la política. Todos vivimos inmersos en ella, por lo que reconocemos de inmediato sus intrigas incluso más allá del ámbito de los asuntos humanos. Si tomamos la famosa definición que Harold Laswell dio de la política como un proceso social que determina «quién gana qué, cuándo y cómo», no cabe duda de que los chimpancés encajan en ella. Dado que, tanto en los humanos como en sus parientes más cercanos, el proceso se caracteriza por el uso de alardes de fuerza, coaliciones y tácticas de aislamiento, el empleo de una terminología común está más que justificado.

Para algunos un libro como este ofrece argumentos que dejan en mal lugar a los políticos; para otros, se trata de encumbrar a los simios. Puede que existan muchas razones para desinflar el ego de los políticos, sobre todo

cuando actúan como si fueran los dueños del mundo. Este texto ha sido utilizado con éxito con esa intención. Por ejemplo, la editorial responsable de la edición francesa decidió poner a François Mitterand y Jacques Chirac en la cubierta con un chimpancé en medio al que ambos estrechaban la mano. Personalmente, no lo encuentro nada gracioso. Al utilizar a los simios para reírnos de las personas, lo que en realidad estamos diciendo es que no hay que tomarlos en serio, lo cual es lo contrario al mensaje que intento dar en este libro. Me interesa más ver las cosas desde otro ángulo, en el que la conducta de nuestros parientes más cercanos nos ofrece importantes claves para comprender la naturaleza humana. Aparte de las maniobras políticas, los chimpancés muestran muchos comportamientos similares a los de los humanos, desde la utilización de herramientas hasta las guerras entre comunidades. De hecho, nuestro lugar entre los primates se define cada vez más sobre un telón de fondo claramente similar.

## Un siglo de descubrimientos

Desde que Platón intentó definir al hombre como la única criatura sin plumas que camina sobre dos patas y fue inmediatamente refutado por Diógenes, que soltó un pollo desplumado en la sala de conferencias para demostrar su punto de vista, la humanidad lo ha tenido difícil para encontrar la prueba definitiva de su singularidad. La fabricación de instrumentos, por ejemplo, se consideró en su día tan especial que apareció un libro con el título *El hombre, fabricante de herramientas*. Esta defini-



ción se mantuvo hasta que se descubrió que los chimpancés salvajes extraen las termitas de los termiteros con ramas modificadas específicamente para la tarea. Otra afirmación de singularidad se refería al lenguaje, definido como comunicación simbólica. Pero en cuanto los lingüistas oyeron hablar de simios que habían aprendido el lenguaje de signos americano, sustituyeron el requisito de los símbolos por su actual énfasis en la sintaxis. El lugar especial de la humanidad en el cosmos rebosa de afirmaciones abandonadas y metas cambiantes.

Cuanto más aprendemos sobre los simios, más se justifica su semejanza genética con nosotros. La acumulación de conocimientos sobre su comportamiento comenzó a principios del siglo pasado con unos cuantos científicos de laboratorio. Wolfgang Köhler describió cómo los chimpancés que tenían acceso a cajas y palos, al intentar recuperar un plátano que estaba fuera de su alcance, se quedaban sentados hasta que la solución les llegaba de repente: un destello de comprensión al que los entendidos todavía se refieren como un «momento Köhler». Robert Yerkes documentó el temperamento de los grandes simios, y Nadezhda Ladygina-Kohts siguió los pasos de Charles Darwin al ofrecer una comparación punto por punto entre las expresiones faciales de un joven chimpancé criado en su casa de Moscú y las de su propio hijo.

Por entonces, los investigadores también observaban a los chimpancés en su hábitat natural, pero era un trabajo que estaba mal visto por ser poco científico; sólo los experimentos de laboratorio daban los controles que la ciencia requería. La tensión entre estos dos enfoques persiste aún hoy, aunque la historia de la investigación

con chimpancés refleja el poder del intercambio de ideas entre el laboratorio y el campo. El siguiente impulso a la investigación se produjo en la década de 1930, cuando breves incursiones –como la estancia de tres meses de Henry Nissen en Guinea para documentar los hábitos alimentarios de los simios– marcaron los primeros intentos serios de estudiar a los chimpancés en la naturaleza. No fue hasta la década de 1960 cuando se iniciaron dos proyectos pioneros a largo plazo. En la orilla oriental del lago Tanganica, en Tanzania, Jane Goodall instaló su campamento de investigación en la reserva de Gombe, mientras que Toshisada Nishida hizo lo propio 170 kilómetros al sur, en las montañas Mahale.

Estos estudios de campo hicieron tambalearse la imagen de los chimpancés como pacíficos vegetarianos y revelaron la asombrosa complejidad de sus sociedades. El consumo de carne se consideraba algo exclusivamente humano, pero se observó que los chimpancés cazaban monos, los despedazaban y se los comían vivos. Y aunque en un principio se pensaba que los chimpancés carecían de vínculos sociales, a excepción del que existe entre las madres y las crías, los investigadores de campo observaron que todos los individuos de una determinada franja de bosque se reunían regularmente como grupo social. En cambio, las interacciones con los individuos de las zonas vecinas, si se producían, solían ser hostiles. Los científicos empezaron a hablar de «comunidades» para evitar el término «grupo», ya que los chimpancés rara vez forman grandes agregaciones: se dividen en pequeñas «partidas» que viajan por el bosque, un sistema social conocido como fisión-fusión.

Otra manifestación de la singularidad humana se abandonó al descubrir que no somos los únicos primates que matan a los de su propia especie. Los informes sobre peleas territoriales letales entre comunidades de chimpancés afectaron profundamente al debate de posguerra sobre los orígenes de la agresión humana.

En la década de 1970 se produjo una segunda oleada de estudios influyentes sobre los chimpancés, esta vez en entornos de cautiverio, que los situaban cognitivamente más cerca de los humanos de lo que nadie había imaginado. Gordon Gallup demostró que los simios se reconocen en un espejo, lo que indica un nivel de autoconciencia que diferencia a los humanos y a los simios de todos los demás primates. Emil Menzel realizó experimentos en los que un simio que sabía dónde estaba escondido un objeto era liberado junto a otros que carecían de esa información. Sus experimentos revelaron cómo los simios aprenden de sus congéneres y se engañan entre sí. Al mismo tiempo, se creó una de las mayores colonias de chimpancés cautivos que viven en instalaciones exteriores en el zoológico de Arnhem (Países Bajos), donde empecé las observaciones que llevaron a la publicación en 1982 de *La política de los chimpancés*.

## Un poco de historia

Cuando escribí *La política de los chimpancés*, en 1979 y 1980, era un científico principiante, de treinta y pocos años, sin mucho que perder. Al menos, así lo veía en

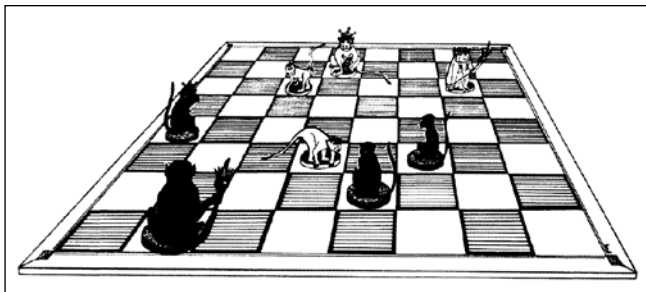
aquel momento. No me importaba seguir mis intuiciones y convicciones, por muy controvertidas que fueran. Hay que tener en cuenta que era una época en la que las palabras *animal* y *cognición* apenas podían mencionarse en la misma frase sin que los oyentes arquearan las cejas. La mayoría de mis colegas rehuían la sugerencia de que los animales pudieran mostrar intenciones y planificación, por miedo a ser acusados de antropomorfismo. No es que negaran necesariamente que los animales tuvieran una vida interior, pero seguían el dogma conductista de que, dado que no podemos saber lo que los animales piensan y sienten, no tiene sentido hablar de ello. Todavía recuerdo haber estado de pie durante horas sobre la rejilla de las malolientes instalaciones nocturnas de los chimpancés, con el único teléfono del edificio pegado a la oreja, hablando con mi profesor Jan van Hooff –que, aunque siempre me apoyaba, también era bastante más prudente que yo– intentando convencerle de alguna de mis especulaciones descabelladas. Fue durante estas discusiones cuando Jan y yo, al principio en broma, empezamos a referirnos a los acontecimientos de la colonia como «política».

Otro factor que ha influido mucho en este libro ha sido el público que asistía al zoológico. Me he pasado años dando charlas ante grupos organizados de visitantes, como abogados, padres, estudiantes universitarios, psicoterapeutas, policías en formación, observadores de aves, etc. No hay mejor grupo de sondeo para un aspirante a divulgador científico. Los visitantes bostezaban ante algunos de los temas académicos más candentes, pero reaccionaban con reconocimiento y fascinación al

hablarles de conductas básicas de los primates que para mí eran algo habitual.

Aprendí que la única manera de contar mi historia era dar vida a las personalidades de los chimpancés y prestar atención a los hechos reales en lugar de a las abstracciones que gustan tanto a los científicos. En esto tuve la suerte de contar con una experiencia previa. Antes de llegar a Arnhem, había realizado un proyecto de tesis sobre macacos de cola larga (o de Java) en la Universidad de Utrecht. Había observado los cambios de rango entre los machos, que dieron lugar a mi primer artículo científico publicado en 1975 con el título *The wounded leader: A spontaneous temporary change in the structure of agonistic relations among captive Java-monkeys* [‘El líder herido: Un cambio temporal espontáneo en la estructura de las relaciones agonísticas entre monos de Java cautivos’]. La complejidad de su juego de poder quedó reflejada en la portada de mi tesis, en la que en un tablero de ajedrez aparecían monos en lugar de piezas. Me había dado cuenta de lo inútiles que son los registros formalizados de los etólogos cuando se trata de dramas e intrigas sociales. Nuestra habitual recopilación de datos tiene como objetivo contabilizar los eventos que observamos. Los programas informáticos clasifican después los datos y crean pulcros resúmenes de incidentes agresivos, episodios de acicalamiento o cualquier otro comportamiento que nos interese.

Los elementos que no pueden ser cuantificados y expuestos en un gráfico corren el riesgo de ser desechados como meras «anécdotas». Las anécdotas son acontecimientos únicos a partir de los cuales es difícil generalizar.



*Ilustración de la portada de la tesis escrita por el autor en 1977 sobre las relaciones de poder en los monos.*

Pero ¿justifica esto el desprecio que sienten algunos científicos por ellas? Consideremos un ejemplo humano: Bob Woodward y Carl Bernstein describen en *Los días finales* la reacción de Richard Nixon ante su pérdida de poder: «Entre sollozos, Nixon se quejaba... ¿Cómo un simple robo había ocasionado todo esto...? Se puso de rodillas... se inclinó y golpeó con el puño la alfombra, llorando en voz alta: “¿Qué he hecho? ¿Qué ha pasado?”».

Richard Nixon fue el primer y único presidente de Estados Unidos que dimitió, así que no puede ser más que una anécdota. Pero ¿le quita esto importancia a esa observación? Debo admitir que siento una gran debilidad por los acontecimientos excepcionales y peculiares. Como veremos, uno de los chimpancés a los que estudiaba tuvo rabieta similares a las de Nixon (sin las palabras) en condiciones parecidas. De mi anterior estudio aprendí que, para analizar y comprender tales acontecimientos, se necesita un diario que describa cómo se fueron desarrollando los hechos, cómo se involucró cada individuo

y qué tenía de especial su situación en comparación con las anteriores. En lugar de limitarme a contar y sacar la media de la frecuencia con que ocurría cada comportamiento de los chimpancés, me propuse inyectar un poco de narrativa en mi proyecto.

## Divulgación

Así fue como, al llegar a Arnhem, decidí escribir un diario. Fascinado y emocionado, pasé miles de horas en un taburete de madera con vistas a la isla, con la intención de elaborar el registro más detallado que jamás se hubiera hecho de una lucha por el poder, humana o no. Sólo al revisar mis copiosas notas, unos años más tarde, empezaron a encajar las piezas de los acontecimientos que había ido observando y tomó forma el texto de *La política de los chimpancés*.

El libro causó poca controversia cuando apareció por primera vez en 1982, publicado por Jonathan Cape (Londres), pero tanto las reseñas académicas como las de medios generalistas lo acogieron con satisfacción en lugar de atacarlo<sup>1</sup>. Con el tiempo creció hasta convertirse en lo que algunos han llamado de forma halagadora un «clásico». Su éxito se debe a las muy reconocibles, aunque a veces sorprendentes, historias de los simios. En retrospectiva, es comprensible que fuera recibido tan calurosamente si tenemos en cuenta que las premisas sobre las que se basa concuerdan perfectamente con el *Zeitgeist* de los años ochenta, cuando las actitudes hacia los animales estaban cambiando rápidamente. Al haber traba-

jado en gran medida aislado de la psicología cognitiva estadounidense, no me había dado cuenta de que no había sido el único en explorar este nuevo territorio intelectual. Este hecho ilustra cómo los progresos científicos nunca son totalmente independientes unos de otros. Así, el libro de Donald Griffin *La cuestión de la conciencia animal* no me sorprendió en absoluto, del mismo modo que *La política de los chimpancés* no sorprendió, aparentemente, a casi ningún primatólogo.

Escribí este libro pensando en un público general, pero también llegó a las aulas y a los consultores empresariales, e incluso se convirtió en lectura recomendada para los congresistas jóvenes en Estados Unidos. Debido al interés que ha suscitado a lo largo de veinticinco años, la editorial de la Universidad Johns Hopkins y yo decidimos que una edición de aniversario podría ser bien recibida por nuevos públicos dispuestos a explorar su relación con los chimpancés. Esta edición del 25.º aniversario, que sigue a la edición revisada de 1998, incluye fotografías en color ausentes en el original y actualizaciones sobre algunos de los personajes principales.

Para explicar las conclusiones de mi estudio, me gusta utilizar paralelismos con la biogeografía insular. Es fácil entender que la complejidad ecológica aumenta con el número de especies de plantas y animales. Sin embargo, las islas suelen tener menos especies que el continente. Esta relativa simplicidad de las islas ha permitido a los naturalistas, desde Charles Darwin hasta Edward O. Wilson, desarrollar ideas aplicables a sistemas más complejos. Del mismo modo, la isla de los chimpancés del zoológico de Arnhem albergaba un número limitado de



chimpancés, en condiciones más sencillas que las de una selva tropical ecuatorial. Imaginemos que el número de machos de la colonia hubiera sido tres veces mayor –como suele ocurrir en las comunidades salvajes– o que los chimpancés hubieran tenido libertad para entrar y salir de la isla. Probablemente no habría sido capaz de dar mucho sentido al drama que se representaba ante mis ojos. Como un biógrafo de una isla, vi más porque había menos. Sin embargo, los principios generales que descubrí se aplican no sólo a los simios de una isla, sino a las luchas de poder que existen por todas partes.

Mi deseo de escribir un libro de divulgación surge de que siempre he disfrutado leyendo libros sobre animales y ciencia escritos para el gran público. Este tipo de literatura es mucho más importante de lo que muchos académicos parecen admitir. Es esta literatura la que atrae a los estudiantes a una determinada área de la ciencia, y la que le da una cara pública. Después de *La política de los chimpancés*, he escrito otros libros divulgativos sobre los bonobos (parientes cercanos del chimpancé), sobre la forma en que los primates hacen las paces e incluso sobre los orígenes de la moral y la cultura. Como también superviso un activo equipo de investigadores, he llevado una especie de doble vida. Durante el día realizamos nuestra investigación científica, y por las noches y los fines de semana escribo mis libros de divulgación, que me permiten abordar cuestiones más amplias, algunas de las cuales apenas podría mencionar en la literatura científica.

Este texto evita las comparaciones directas con la política humana, aparte de alguna insinuación ocasional. No puntalicé, por ejemplo, que el poder de un chimpancé



*Mis ojos no eran los únicos que estaban pendientes del drama de la colonia: los propios simios también vigilaban de cerca. Algunos de ellos observan mientras Nikkie (al fondo, a la izquierda) despierta a Yeroen con una exhibición de fuerza.*

macho de edad avanzada, como Yeroen, es sorprendentemente similar al de los ancianos hombres de Estado. Todos los países tienen sus Dick Cheney y Ted Kennedy confabulando entre bastidores. Estos hombres experimentados, que ya son mayores, a menudo se aprovechan de las intensas rivalidades entre los políticos más jóvenes para obtener un enorme poder. Tampoco establecí un paralelismo explícito entre la forma en que los chimpancés rivales se ganan el favor de las hembras acicalándolas y haciendo cosquillas a sus crías y la forma en que

los políticos humanos sostienen y besan a los bebés, algo que rara vez hacen fuera de la temporada electoral. Hay montones de paralelismos de este tipo, también en la comunicación no verbal (el pavoneo, el bajar la voz), pero me mantuve al margen de todos ellos. Para mí eran tan obvios que prefiero dejar a mis lectores que los descubran.

El resultado es un relato directo de lo que vivieron los chimpancés en Arnhem, no contaminado por recordatorios de lo que hacen los humanos en circunstancias similares. De este modo, el foco de atención se dirige directamente a nuestros parientes y nos permite examinar su comportamiento en sí mismo. Pero cualquiera que mire a su alrededor en la oficina, en los pasillos de los políticos de Washington o en los departamentos académicos de cualquier universidad, se dará cuenta de que la dinámica social es esencialmente la misma. El juego de sondear y desafiar, de formar coaliciones, de socavar las coaliciones de los demás y de dar un golpe en la mesa para reforzar un punto está a la vista de cualquier observador. El ansia de poder es un universal humano. Nuestra especie se ha dedicado a las tácticas maquiavélicas desde el principio de los tiempos, por lo que nadie debería sorprenderse de la conexión evolutiva descrita en este libro.